

El dinero y la felicidad

Alberto Zamuner

# **El dinero y la felicidad**

**Alberto Zamuner**

# Capítulo 1

En el viejo debate sobre si el dinero hace o no hace la felicidad nos creemos obligados a contestar que sí o que no, y discutimos como si fuera así de simple.

Hay respuestas en tono de broma tal vez más serias que el *sí* o el *no*: "el dinero no hace la felicidad, pero calma los nervios"; o "el dinero no hace la felicidad, pero es más cómodo llorar en un palacio".

Esto no responde la gran pregunta; pero sugiere que *no está bien formulada*.

Y tal vez no encontremos respuestas claras porque no tenemos claro *qué es la felicidad*.

Al padecer un problema, concebimos la felicidad como la situación en que no exista ese problema. Pero antes de padecerlo tampoco nos creíamos "felices". También podemos resolverlo y sentir que sigue faltándonos "algo", o ver que tampoco son felices quienes no lo sufren.

Esto sugiere que la felicidad tiene que ser un estado en que sea imposible aspirar a "algo más", en que sea imposible toda sensación de carencia (porque en tal caso no sería "la felicidad").

Así entendida, la felicidad no puede ser una *cosa encontrable* que podría "adquirirse", sino todo lo contrario: una *ausencia* de insatisfacciones, un estado *donde no pueda haber* eso que llamamos infelicidad.

En síntesis: no es que exista la felicidad y necesitemos obtenerla: existe la infelicidad y necesitamos disolverla.

No llamamos "felicidad" a algo existente, sino a "eso" que aparecería si elimináramos todo sufrimiento, y, más todavía, toda idea, sensación o temor de que podamos volver a sufrir.

Si la felicidad es *no-insatisfacción*, comprendemos por qué se la relaciona con el dinero: todo ser vivo sufre si no satisface sus necesidades biológicas o si ve amenazas a su supervivencia.

Esto sucede más en el hombre que en el animal, porque además de sufrir puede prever sufrimientos futuros, y más en el hombre de una sociedad compleja que en el de una sencilla, porque conoce más cosas deseables y, como si fuera poco, no sabe si podrá proveérselas permanentemente.

¿Qué es el *dinero* sino el poder para proveerse de cosas en una sociedad? Si nos imaginamos fuera de toda sociedad, podemos reducir nuestras necesidades básicas a *alimento y morada*.

Como son *cosas materiales*, debemos actuar sobre el mundo material para evitarnos la insatisfacción de su carencia.

Poniendo la pregunta sobre sus pies

Al entenderla mejor descubrimos que la pregunta inicial *no estaba bien formulada*.

Ahora podemos rehacérsela con más precisión: *¿el dinero deshace la infelicidad?*

Y entonces destella una respuesta fácil y casi indiscutible: *sí, hasta cierto punto*.

Padecemos una infelicidad *física*, efecto de las amenazas a nuestro ser biológico, y al vivir en sociedad solemos eliminarla con dinero.

Pero más allá de ese *cierto punto* padecemos otros niveles de infelicidad, para complicarnos la existencia y forzarnos a preguntas difíciles.

Distintas ideologías o concepciones del mundo explican a su modo qué es el hombre y por qué no es feliz. En vez de discutir sobre cuál tiene la verdad conviene entender algo más simple: detrás de esa diversidad coincidimos en que *el hombre necesita algo más que alimentarse y guarecerse*.

Tal vez fallamos al no ver que existe más de un *tipo* de infelicidad, y que el dinero elimina la infelicidad sólo *hasta cierto punto*.

Como recordamos haber apagado la insatisfacción al obtener alimento, suponemos que cualquier sentimiento de carencia se resolverá por la misma vía: *comprando algo*.

Los humanos, interrelacionados para intercambiarse los bienes que satisfacen sus necesidades básicas, elaboran nuevos bienes en busca de la satisfacción total con que sueñan, generando una cadena en que cada uno inventa algo para beneficiarse y comprarse lo que vende otro, que a su vez intenta convencerlo de que su producto es indispensable para la felicidad.

Esto engendra una sociedad donde todos incitan a todos a no aguantar la vida sin ser felices, y donde cada uno propone como fórmula de la felicidad adquirir el objeto que él ofrece.

El resultado es, paradójicamente, un nuevo tipo de infelicidad: la infelicidad *social*.

Si la infelicidad física entra por el cuerpo, la infelicidad social entra por -y reside en- la mente.

Pasado el *cierto punto* que se alcanza modificando el mundo exterior (léase *comprando cosas*), sólo puede eliminarse la infelicidad *trabajando sobre la propia mente*.

Todo consiste en *no pensar mal*

El primer paso es comprender que *sentirse mal* es efecto de *pensar mal*. ¿Y qué significa *mal* en el terreno del pensamiento?

Simplemente *pensar lo que no es cierto*; trazar con ideas y palabras una imagen de la realidad que no coincide con la realidad *real*.

El impulso a pensar mal suele arrancar ante el *deseo insatisfecho*.

El deseo insatisfecho no es una catástrofe: es una posibilidad natural y cotidiana.

Lo realmente grave, destructivo, sucede cuando quedan insatisfechos los deseos fabricados o potenciados por el pensamiento.

Podemos tener deseos, incluso los inducidos por una sociedad consumista, sin sufrir a niveles tormentosos ni enfermantes. Sólo nos atormentamos cuando ponemos en marcha el mecanismo del *pensar mal*.

Ante un objeto deseable podemos disparar el *pensar mal*: "debo tenerlo; no puedo vivir sin tenerlo; es injusto, *está mal* que no lo tenga". También podemos entender que es simplemente un deseo, sin el agregado desequilibrante del "debo" ni del "necesito". Si nuestra mente es capaz de

eso, padeceremos *un menor nivel de infelicidad*: viviremos sanamente sin ese artículo o trabajaremos para obtenerlo más adelante.

Y si consideramos que nos lo impide algún tipo de injusticia social, podemos poner en marcha nuestro aporte (no nuestro rezongo) para mejorar la sociedad en la medida que sea posible a una persona.

Esto no significa que si dominamos el pensamiento borraremos por completo la infelicidad social. Si vivimos sanamente, respetando a la sociedad e incluso haciendo algo por mejorarla, el grado de "males" que igualmente existirá puede *molestarnos* pero de ningún modo *desequilibrarnos*. El desequilibrio sólo proviene del *desorden interior*, y precisamente necesitamos disminuir ese *desorden interior* para disminuir ni más ni menos que la *infelicidad*.

Cada día veremos que pasan cosas que no deseamos y no pasan cosas que deseamos.

Debemos preguntarnos si por esto, que parece natural en todos los ámbitos, tiene sentido pensar lisa y llanamente que *vivimos mal*.

Ni el más ingenuo creería que se puede llegar (excepto en los paraísos post-mortem de creencias no poco ingenuas) a una vida en que ocurra exclusivamente lo que se desea.

No siendo imaginable la desaparición de la infelicidad por vía de modificaciones sobre el mundo, cabe preguntarse si es alcanzable por la modificación del hombre en sí.

Las enseñanzas serias de todas las culturas nos dicen que la superación del hombre consiste en emerger del deseo y del miedo ante los fenómenos externos, y que ese proceso desemboca en la felicidad.

Al imaginarnos esa meta nos damos cuenta de que no estamos del todo interesados, porque en el fondo aspiramos a disfrutar de no pocos fenómenos y circunstancias.

¿Qué hacer entonces? ¿Habitar el mundo de los infelices porque no nos atrevemos a la felicidad absoluta?

Una mirada inteligente al mundo nos dirá que no.

Tal vez no hayamos visto a nadie absolutamente feliz; pero vemos que la gente sufre *en mayor o menor medida* a causa de las circunstancias y/o de su propia incapacidad.

La solución es fácil de pensar

Si nos ocupamos de *sufrir cada vez en menor medida*, no sólo dispondremos de un ideal alcanzable, sino que estaremos acercándonos a la no-infelicidad.

Si no se puede eliminar todo el sufrimiento con *la modificación del mundo* y sí con *la modificación del hombre*, podemos esbozarnos una fórmula precisa (no para la felicidad absoluta pero tampoco contradictoria con ella, lo que ya es mucho pedir): modificar las circunstancias demasiado perturbadoras, sin esperar demasiada felicidad de esos logros, y al mismo tiempo *modificarnos interiormente*, convencidos de que así vamos, sin prisa pero sin pausa, hacia la no-infelicidad.

Lo que usualmente llamamos bueno, moral, inteligente, etc., consiste en *dar prioridad a la modificación interior sobre la exterior*, mientras que lo malo, inmoral o negligente es actuar precisamente al revés.

Conviene descubrir que además de ser malo con los demás (lo que ante una mirada superficial pareciera el único modo de ser malo) se puede ser malo consigo mismo; porque cada vez que desecha la modificación interior el hombre empeora y sufre, y la posible felicidad se le esfuma entre las manos.

Todo ser humano, desde cualquier situación en que esté, puede empezar ya mismo a trabajar por auto-desarrollarse, sin dejar por eso de mejorar las circunstancias a su alcance.

Y cuando las circunstancias no le obedezcan, aceptar el disgusto emocional *sin permitirse poner en marcha un solo pensamiento negativo*. Tenemos que repetírnoslo hasta quedar completamente convencidos: el centro de todo el trabajo es *no permitirse poner en marcha un solo pensamiento negativo*.

Es difícil, pero si nos interesa la felicidad conviene empezar, y *mañana estaremos más cerca que hoy*.

No importa cuántas veces fallemos: importa que mantengamos la intención.

La falta de dinero puede forzarnos a múltiples situaciones indeseables; pero hay algo a lo que jamás nos forzará si no queremos: *a emitir pensamientos negativos*.

Los pensamientos negativos no son una reacción inevitable: son *un acto del que somos responsables*, y estamos plenamente capacitados para dejar de repetirlo.

Esa vida sin pensamientos ni sentimientos negativos puede empezar a crearse hoy mismo, como una estatua comienza a plasmarse con el primer golpe a una piedra.

Nos parece difícil porque la distancia a recorrer es mucha, pero no porque ignoremos *en qué dirección caminar*.

Identificamos a una persona negativa principalmente *por lo que dice*. De esto deducimos que tiene *pensamientos negativos*, y que todo nace de sus *sentimientos negativos*.

Y si continuamos observando, descubriremos que esos sentimientos son efecto de la acumulación de *malas respuestas* ante las circunstancias.

Malas respuestas que fueron generando un torrente que por inercia adquirirá cada vez más fuerza, hasta que el sujeto sufra tanto que empiece a desesperarse por una solución.

Y un día comenzará a esbozarse la solución: sencillamente *cortar la corriente; cerrar el grifo de las causas*.

Pase lo que pase con nuestros pensamientos y sentimientos, comencemos controlando *nuestras respuestas* ante cada circunstancia. Es decir, *controlando lo que decimos y lo que hacemos*. A fuerza de no permitirnos expresiones negativas reduciremos nuestros pensamientos negativos y, como efecto, nuestros sentimientos negativos. Al cerrar un grifo empieza el fin de la inundación, aunque por un tiempo siga circulando el agua ya caída.

Y en algún momento, casi por sorpresa, nos daremos cuenta de que *ya vivimos mejor*.

De ahí a la total no-infelicidad puede haber mucha distancia; pero lo que ya no nos faltará será *la idea de cómo alcanzarla*.

Alberto Zamuner

[www.decidirvivir.com](http://www.decidirvivir.com)